

Habitus, campo y prácticas del conocimiento

Habitus, field and practice of knowledge

Lic. Jorge Fabio Boso (fboso@unsl.edu.ar)(1)
Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis. (Argentina)

Summary

In the present work we attempt to reflect upon some Pierre Bourdieu's fundamental theoretical concepts such as the concepts of habitus and field. We try to show possible articulations between both concepts, to account for certain issues present in the academic-professional field. We conclude that the practices o knowledge constitute primary tools necessary to produce other subjective positionings.

Keywords: field – Habitus – practices - knowledge

Resumen

En el presente trabajo intentamos reflexionar en torno de algunos de los conceptos teóricos fundamentales de Pierre Bourdieu tales como los conceptos de habitus y de campo. Procuramos mostrar articulaciones posibles entre ambos, instrumentándolos para dar cuenta de ciertas problemáticas presentes en el campo académico-profesional. Concluimos que las prácticas del conocimiento constituyen herramientas críticas para producir otros posicionamientos subjetivos.

Palabras clave: Campo- Habitus- Prácticas- Conocimiento

Desarrollo

Habitus es un concepto que se inscribe en una larga tradición: la escolástica lo empleó para traducir la *hexis* aristotélica, más propiamente, como hábito, categoría referida a la sustancia. Bourdieu recupera la noción ya presente en Durkheim y en Mauss, aunque en éstos no aparece el giro decididamente epistemológico que Bourdieu le otorga. En efecto, aunque con acentuaciones distintas, en diversos pasajes de la obra de Bourdieu encontramos que el principio unificador y generador de todas las prácticas, y en particular de las orientaciones habitualmente descritas como “elecciones” de la “vocación” o directamente como efectos de la “toma de conciencia”, no es otro que el habitus, sistema de disposiciones inconscientes producido por la interiorización de estructuras objetivas. Lugar geométrico de los

determinismos objetivos y de las esperanzas subjetivas, el habitus tiende a producir prácticas objetivamente adherentes a las estructuras objetivas (cfr. CP).

En tal sentido, Bourdieu afirma que los agentes sociales no son más autómatas regulados como relojes, según leyes mecánicas que les escapan. En los juegos más complejos, por ejemplo los intercambios matrimoniales, o las prácticas rituales, están comprometidos los principios incorporados de un habitus generador: este sistema de disposiciones adquiridas por la experiencia, por lo tanto variables según los lugares y momentos, es lo que permite engendrar una infinidad de efectos adaptados a su vez a la infinidad de situaciones posibles que ninguna regla, por compleja que sea, puede prever. La forma de entender el habitus queda desafectada así de las consideraciones deterministas y pseudodeterministas en torno de las prácticas (cfr. SP).

En efecto, hay que resaltar que Bourdieu, al referirse a la noción de habitus, trata de eludir el realismo de la estructura en el que cae el objetivismo cuando considera a las estructuras como realidades constituidas fuera de la historia del individuo y el grupo. Pero también se cuida de no incurrir en el subjetivismo incapaz de responder por la necesidad de lo social. Así, entre el determinismo de la estructura y el subjetivismo azaroso, Bourdieu propone replantear el estatuto de la práctica. Esto quiere decir, volver a los productos objetivados (la estructura en tanto historia "hecha cosas") y a los productos incorporados (precisamente, los habitus de los agentes, la historia "hecha cuerpos"). Y es así puesto que las condiciones objetivas, aunque pueden estar acompañadas de cálculos racionales, se definen en primer lugar fuera de todo cálculo, en relación con potencialidades objetivas (cfr. CD).

Ahora bien, Bourdieu señala que los estímulos objetivos actúan sólo si encuentran - o reencuentran, más bien - agentes que están condicionados para reconocerlos. En tal sentido, los habitus son sistemas de disposiciones surgidos en ciertas condiciones objetivas y generan prácticas y disposiciones compatibles con esas condiciones.

Destaquemos igualmente que en la conformación del habitus tienen un peso importante las primeras experiencias, por cuanto ellas inculcan habitus de una forma disimulada, eficaz y duradera; condicionan y determinan los aprendizajes posteriores, implican una serie "ordenada" de estructuras. Por lo tanto, el habitus es historia incorporada y produce historia, de tal manera que garantiza la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo, con mayor seguridad que las reglas formales y las normas explícitas (cfr. RE).

Así, el habitus es un principio de producción de las regularidades, en tanto disposición estructurada y estructurante. Constantemente se actualiza, porque también se actualiza el espacio social; en efecto, desde la perspectiva del conocimiento incorporado, éste se actualiza ante los distintos requerimientos, de acuerdo con las prácticas.

La noción de habitus, entonces, permite explicar las prácticas sociales como estrategias, sin que las mismas resulten, por un lado, de la realización de fines explícitos, aunque en algunos casos puedan parecer determinadas por anticipaciones del futuro, ni tengan que ver, por otra parte, con el cálculo racional, sino con las probabilidades objetivadas en las cosas y en los cuerpos. Merece destacarse en este punto que si bien la teoría de la acción racional habla también de estrategia, su manera de concebirla es diferente de la perspectiva de Bourdieu. Así es: mientras que en la teoría de la acción racional toda estrategia es producto de una acción deliberada y racional del sujeto luego de realizar éste un cálculo en términos de costos- beneficios, en Bourdieu la estrategia es más bien “razonable”, es decir, comprensible por las condiciones objetivas externas e incorporadas, y no necesariamente ligadas a un cálculo de posibilidades conscientemente manejado.

Por otra parte, las prácticas sociales se explican por la puesta en relación de las condiciones sociales que formaron los habitus y las condiciones sociales en que se manifiestan. La lógica real de la práctica confronta dos objetivaciones de la historia: la objetivación en las instituciones y la objetivación en los cuerpos, en cuyo contexto el habitus es sentido práctico que realiza la reactivación del sentido objetivado en las instituciones. Entre ambos sentidos hay un acuerdo, que tiene por efecto la producción de un mundo de sentidos comúnmente compartidos.

Ahora bien, Bourdieu sospecha de las generalizaciones, por eso habla de campo, de espacios sociales: allí es donde *actúan* los habitus. Pero esa práctica no es precisamente un *hábito* (palabra que remite a algo *repetitivo, mecánico, automático, reproductivo más que productivo*). El habitus, en cambio, posee potencia generadora; hay algo relativamente imprevisible, de tal manera que no se puede pasar simple y mecánicamente del conocimiento de las condiciones de producción al conocimiento de los productos (cfr. CD, SP, RE).

Entonces, el habitus es un principio de invención; explícitamente refiere a un *ars inveniendi*; producido por la historia, es irreducible a ella; es un principio de una autonomía real en relación con las determinaciones inmediatas de la situación; funciona como un sistema de esquemas generadores, en tanto es generador de estrategias que pueden ser objetivamente afines a los intereses objetivos de sus autores sin haber sido expresamente concebidas para ese fin.

Lo que aquí nos interesa en particular, es un tipo de habitus, considerado por Bourdieu: el lingüístico, y su relación con el mercado lingüístico, mediante una modelización simple que podría formularse así: el habitus lingüístico más el mercado lingüístico dan como resultado la expresión lingüística, el discurso.

Pero el habitus lingüístico se distingue de la competencia de tipo chomskiano por el hecho de que aquél es el producto de las condiciones sociales; no es, a diferencia de la otra, una simple producción discursiva sino una producción de discursos ajustados a una situación, o mejor, ajustados a un mercado o a un campo. El mercado lingüístico requiere del arte en el uso de las palabras; lo cual supone emplearlas en el momento oportuno: en eso consiste el *kairos* en tanto tiempo

propicio para las palabras. Por otra parte, la aceptabilidad supone que las palabras estén en conformidad no sólo con las reglas inmanentes de la lengua, sino también con las reglas intuitivamente dominadas, inmanentes a una situación particularmente destacada como mercado lingüístico.

Y es que existe mercado lingüístico siempre que alguien produce un discurso para receptores capaces de avalarlo y de darle un precio. El precio que los productos de una determinada competencia reciben en un mercado determinado depende de las leyes de formación de precios propios de ese mercado. Eso nos lleva a considerar la cuestión del capital lingüístico: en tanto hay capital lingüístico, hay beneficios lingüísticos. Lo que los lingüistas presentan como una función eminente del lenguaje, a saber, la función de comunicación, puede dejar de ser cumplida sin que, no obstante su función real, social, deje de serlo. En efecto, las situaciones de relaciones de fuerza lingüística son las situaciones en que el lenguaje habla sin comunicar – y que podría, en el tratamiento de una de sus vertientes, remitir a la cuestión de la violencia simbólica como tramitación del lenguaje, consideración de la que aquí no nos ocuparemos.

Toda comunicación lingüística, todas las interacciones lingüísticas son especies de micro- mercados, siempre dominados por estructuras globales. La propuesta teórica de Bourdieu en este punto permite comprender que las luchas lingüísticas pueden no tener bases económicas y, no obstante, movilizar intereses vitales, a veces incluso más vitales que los intereses económicos en sentido estricto. Por eso el hecho de que se reintroduzca la noción de mercado es recordar simplemente que una competencia sólo tiene valor cuando existe un mercado para ella.

Desde esta perspectiva la teoría liberal del mercado, que supone productores individuales que ofrecen libremente su producto, encuentra un escollo significativo, tanto en el ámbito del mercado de los bienes económicos como en el del mercado lingüístico. En efecto, ya que de la misma forma que en el mercado económico existen monopolios, relaciones de fuerza objetivas que hacen que todos los productores y todos los productos no sean iguales desde el comienzo, en el mercado lingüístico también hay relaciones de fuerza desiguales. El mercado lingüístico posee leyes de formación de precios que determinan que no todos los productores de productos lingüísticos, de palabras, sean iguales. Sin embargo, las relaciones de fuerza lingüísticas trascienden la situación, son irreducibles a las relaciones de interacción tales como podemos aprehenderlas en la situación.

Si nos detuvimos especialmente en este punto de relación entre habitus lingüístico y mercado lingüístico, es porque consideramos que el campo académico universitario aparece profundamente atravesado por dicha relación, en tanto el capital lingüístico sigue constituyendo la arena de lucha, si no de las clases sociales, sí de los intereses en juego en ese espacio enfrentados. Intereses múltiples, sin duda, no reducibles a un patrón explicativo unidimensional, sino referidos a la complejidad de las estrategias movilizadas. Esta perspectiva se puede poner en

relación con un abordaje epistemológico que enfoca en su mirada no sólo los resultados de la ciencia sino sus procesos, aun las condiciones en que los sujetos producen conocimiento (Cfr. OS, CC).

Por otra parte, hay que tener en cuenta que los campos se superponen: el campo académico viene a coincidir sólo parcialmente con el campo científico, aunque en ciertos ámbitos universitarios persiste un academicismo alienado que se sostiene de la ilusión de que la enseñanza de la ciencia es ciencia en sentido propio. Eso sucede porque la ciencia se torna un instrumento de legitimación del poder, y quienes ocupan los lugares de la dirigencia lo hacen en nombre de la apariencia de ciencia económico- política, esto es, de aquella que se adquiere en los cursos de ciencias políticas y en las escuelas de negocios. Percibir esa problemática, sin embargo no debe conducir a un anticientificismo romántico y regresivo, que siempre coexiste con el abierto culto a la ciencia. Antes bien, se trata de producir las condiciones de un nuevo espíritu científico y político, liberador en tanto liberado de las censuras (FE).

Es claro que los campos se presentan como espacios estructurados de posiciones cuyas propiedades dependen de las posiciones en estos espacios, y que pueden ser abordadas independientemente de las características de sus ocupantes. En tal sentido, hay leyes generales de los campos, aunque éstos no son asimilables entre sí.

El campo académico también presenta objetos de disputas y personas prontas para disputar el juego, dotadas de habitus que impliquen el conocimiento y el reconocimiento de leyes inmanentes a este campo.

La estructura del campo es un estado de relación de fuerza entre los agentes o las instituciones trabadas en lucha o, si se prefiere, de la distribución del capital específico que, acumulado en el curso de las luchas anteriores, orienta las estrategias ulteriores.

Aquellos que monopolizan el capital específico del campo, fundamento del poder o de la autoridad en el mismo, tienden a producir estrategias de conservación, defensoras de la ortodoxia en los campos de producción de bienes culturales; en tanto que los que poseen menos capital (en cantidad y en calidad), tienden a las estrategias de subversión, de ruptura que, de este lado, es calificada como crítica, pero que es considerada como práctica heterodoxa o herética por los primeros. Sin embargo, podría admitirse la instrumentación de estrategias de conservación en lo inmediato como medio para subvertir a largo plazo. Esto tiene que ver con la lógica de inversión del capital simbólico.

Además, la propiedad menos visible de un campo tiene que ver con la complicidad objetiva subyacente a todos los antagonismos; todas las personas comprometidas en el campo tienen un cierto número de intereses fundamentales en común, de modo que los recién llegados deben pagar un derecho de entrada que consiste en el reconocimiento del valor del juego y de los principios de su funcionamiento. Por eso, las estrategias de subversión permanecen dentro de

ciertos límites, bajo pena de exclusión. De hecho, las revoluciones parciales que ocurren continuamente en los campos no cuestionan los propios fundamentos del juego, sus axiomas o el pedestal de las creencias últimas sobre las cuales reposa el juego entero. A ello va unido el hecho de que toda la historia del juego, todo el pasado del juego está presente en cada acto de juego (cfr. CP, CC).

Pues bien, en el campo académico universitario las estrategias de dominación vendrían, de una parte, sostenidas desde la direccionalidad misma que se les otorga a los habitus de los estudiantes en formación (mediante distintos recursos, como planes de estudio, créditos horarios, métodos de evaluación y otros) ¿Acaso los habitus terminan siendo funcionales a las estrategias de dominación, toda vez que se pretende clausurar, por distintas vías, el *ars inveniendi* que aquellos suponen?

Si es verdad que cada campo especializado posee sus propias leyes y tiende a censurar las palabras que no están en conformidad con esas leyes, entonces existen formas sutiles de dominación: tal es el caso de las palabras que circulan en el campo profesional, ya que a través de ellas se ejerce un control ideológico. Apoyadas así en una especie de racionalización semi o seudocientífica del pensamiento, dominan el estado público académico con un importante predicamento. Pero no basta con tener un bien cultural, sino que se trata de ver la manera en que está siendo utilizado, puesto que a partir de tener dominio del capital cultural se puede tener dominio del capital social.

Si el capital cultural se obtiene mediante los títulos que se adquieren (diplomas, certificaciones, etcétera), a través del consumo cultural y artístico propiamente dicho, se corre el riesgo de permanecer encerrado en un círculo vicioso. Los espacios académicos son especialmente sensibles al respecto, cuando almacenan ese capital sin tornarlo disponible, o cuando lo ofrecen desde el lugar de pretendido saber esclarecido y totalizador. Puede afirmarse que se pone así en evidencia un particular modo de alienación simbólica, ya que se desvaloriza aquello que precisamente se debiera valorizar: el conocimiento, puesto bajo el ejercicio de una triple vigilancia epistemológica en los términos en que Bachelard la entiende (cfr. RA).

Entonces, lo que podríamos llamar aquí “circuitos endogámicos del poder” tiene que ver con el reparto del capital social/ cultural en redes fuertemente entrelazadas en canales cerrados, compartimentos clausurados dentro de los cuales la reproducción está garantida especialmente por las alianzas académicas y el mandato de la destinación. En este punto cobra relevancia el funcionamiento del campo en tanto censura: se deja fuera la palabra diferente, no se le concede la palabra más que a la palabra escuchada (por lo tanto, obedecida). Frente a este ejercicio de la violencia simbólica llevado a cabo por el trabajo de eufemización, que expulsa lo decible neutralizándolo, mantenemos con Bourdieu que es necesario desarrollar el arte - y como arte de invención, agregamos - de resistir las palabras con las mismas palabras, el arte de decir sólo lo que se quiere decir. Esto es, explorar los límites de posibilidad de los habitus en cada caso, a fin de fundar una

retórica propia. Resistir las palabras, decir sólo lo que se quiere decir implica hablar en vez de ser hablado por las palabras prestadas, cargadas de sentido social, o habladas por portavoces de las palabras de otros y que son, a su vez, hablados por otros. Resistir las palabras banalizadas, eufemizadas, pomposas, de la retórica dominante, conlleva resistir las palabras aplanadas, depuradas hasta el silencio, de las mociones, resoluciones, plataformas o programas. Puesto que, como Bachelard plantea, todo lenguaje que es producto del compromiso con las censuras, internas o externas, ejerce un efecto de imposición que desalienta al pensamiento (cfr. FE, RA).

Conclusión

Por todo lo dicho, pensamos que hay que crear las condiciones para el establecimiento de reglas de juego democráticamente aceptables para los agentes que intervienen en un campo particular como el académico- científico. En ese sentido, desde la perspectiva de una epistemología instrumental que recurra a los conceptos de Bourdieu podría explanarse un horizonte epistemológico que se interrogue por las prácticas del conocimiento, en cuyo contexto se retorne pensable un habitus que produzca, desde su capacidad creadora, nuevas estrategias tendientes a generar otros modos de saber hacer. Esto nos instala ante el desafío de repensar críticamente las categorías filosóficas tradicionales en ruptura con los antagonismos entre la teoría y el compromiso con la práctica. Afirma Bourdieu al respecto: *Si va de suyo que los automatismos adquiridos posibilitan la economía de una invención permanente, hay que cuidarse de la creencia de que el sujeto de la creación científica es un automaton spirituale que obedece a los organizados mecanismos de una programación metodológica constituida de una vez para siempre, y por tanto encerrar al investigador en los límites de una ciega sumisión a un programa que excluye la reflexión sobre el programa, reflexión que es condición de invención de nuevos programas* (OS, 18).

En ese sentido, en la línea de lo que constituye una decisión epistemológica, las prácticas del conocimiento pueden poner en juego conocimientos específicos, delimitados en campos teórico- disciplinarios históricamente configurados, en relación con los cuales los sujetos se posicionan como sujetos de conocimiento y se habilitan para realizar prácticas de acuerdo con regímenes de regulación de las mismas, desde lo jurídico- legal hasta las intervenciones necesarias para abordar problemas concretos en distintas instituciones (cfr. PD, EC).-

Notas

1.- Lic. Jorge Fabio Boso. Docente e investigador. Proyecto de Investigación Consolidado 4-1-9301: Tendencias epistemológicas y teorías de la subjetividad. Secretaría de Ciencia y Técnica. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis.

Bibliografía

- RA- BACHELARD, Gastón: El racionalismo aplicado. Paidós, Bs As, 1978.
- FE- BACHELARD, Gastón: La formación del espíritu científico. Siglo XXI, Bs As, 1991.
- CP- BOURDIEU, Pierre: Campo del poder y campo intelectual. Folio, Barcelona, 1980.
- CD- Cosas dichas. Gedisa, Bs As, 1988.
- CC- "El campo científico". En: Revista Redes. Quilmes, Bs As, 1999.
- SP- El sentido práctico. Taurus, Madrid, 1991.
- OS- BOURDIEU, Pierre, Jean- Claude Chamboredon y Jean- Claude Passeron: El oficio del sociólogo. Siglo XXI, México, 1996.
- RE- BOURDIEU, Pierre y Loïc Wacquant: Respuestas. Para una antropología reflexiva. Grijalbo, México, 1995.
- PD- GUYOT, Violeta y otros: "La práctica docente y la realidad del aula. Un enfoque epistemológico". En: Revista Enfoques Pedagógicos, Vol 3, N° 2, Bogotá, 1995.
- EC- GUYOT, Violeta: "La enseñanza de las ciencias". En: Revista Alternativas, N° 17, Laboratorio de Alternativas Educativas, San Luis 2000.